

Azrael

«La vida y la muerte de la mano»

Justo antes de que empiece una ceremonia en el cementerio, suena mi teléfono.

Descuelgo: «Ahora mismo no puedo hablar. Te llamo cuando termine el entierro...».

La escena se ha repetido tantas veces que mis amigos han acabado tomándosela a guasa. No es raro que me llamen y me pregunten en broma quién ha muerto hoy, y cómo va la vida en el cementerio. Mi asidua presencia en este lugar que mucha gente no pisa nunca, o casi nunca, hace que cada cierto tiempo me vea sometida a un interrogatorio: «¿No te da cosa estar tan cerca de la muerte? ¿No se te hace muy cuesta arriba tratar tan a menudo con dolientes?».

Desde hace años soslayo el asunto alternando respuestas de forma aleatoria: «No, no, no pasa nada, se acostumbra una»; «Sí, sí, es terrible, no importa las veces que lo hagas»; «En realidad depende del día y de la situación»; «Buena pregunta, es algo en lo que pienso a menudo»...

Lo cierto es que no tengo la menor idea. Ignoro el efecto que desempeña la muerte sobre los vivos que se

aproximan a ella o ejercen de acompañantes. Sería incapaz de determinar qué influencia tiene sobre mí, porque no sé qué mujer habría sido yo si hubiera procurado alejarme de ella.

Lo que sí sé es que con el tiempo he ido adoptando ciertos ritos o hábitos que algunos denominarían gestos conjuradores o trastornos obsesivo-compulsivos y que me ayudan de un modo muy arbitrario a limitar el lugar que ocupa en mi existencia.

Por ejemplo, cuando salgo del cementerio tengo la costumbre de no volver directamente a casa. Después de una inhumación me impongo siempre un desvío en un café, una tienda, donde sea. De esta manera creo una esclusa simbólica entre la muerte y mi hogar. Ni hablar de meterla en mi casa. Necesito a toda costa desembarazarme de ella, dejarla en otra parte, junto a una taza de café, en un museo o en un probador, y asegurarme así de que me pierda la pista y no averigüe mi dirección.

En la tradición judía, un millar de relatos aseguran que la muerte puede perseguirte, pero que existen formas de mandarla a paseo y lograr darle esquinazo. Muchas leyendas la encarnan con los rasgos de un ángel que visita nuestras casas y deambula por nuestras ciudades.

Este personaje posee incluso un nombre, Azrael, el ángel de la muerte. De él se cuenta que ronda, espada en mano, a quienes acude a castigar. Se trata de cuentos supersticiosos que sin embargo dan lugar a prácticas de lo más originales; por ejemplo, en muchas familias judías, cuando alguien enferma se le atribuye otro nombre de pila. Se altera su identidad para inducir a error a

la criatura sobrenatural que tuviera la mala idea de ir a buscarlo. Imagínate que el ángel de la muerte llama a tu puerta para reclamar la vida de un tal Moshe y que tú puedes contestar tranquilamente: «Lo siento, aquí no vive ningún Moshe. Esta es la casa de Salomón». Y Azrael, avergonzado, pedirá disculpas por las molestias, dará media vuelta y se largará.

La estratagema resulta de lo más cómica, pero enuncia una verdad sutil. Es consustancial a la humanidad creer que puede mantener la muerte a raya, crear barreras y relatos, maquinando para que se aleje, o convencerse de que una serie de rituales o palabras le confieren tal poder.

La modernidad, la medicina y los avances técnicos han desarrollado sus propios métodos. En la actualidad, el ángel de la muerte está sin lugar a dudas vetado de nuestras casas y se lo invita a presentarse en hospitales, clínicas, residencias de mayores o plantas de cuidados paliativos, preferiblemente fuera del horario de visitas. Se considera que ya no pinta nada en nuestros hogares. Cada vez menos gente muere en casa, como para proteger a los vivos de una morbosidad que no tiene cabida en el espacio doméstico.

Reflexiono a menudo sobre esta distribución de los espacios, sobre todo cuando voy por París y descubro placas en fachadas de edificios antiguos. Aquí murió fulano, allá falleció tal o cual personalidad. Hoy en día es raro que sepamos si hay un vecino agonizante en nuestro edificio, y evitamos hábilmente pensar en quienes en otros tiempos expiraron en nuestros dormitorios. La

muerte tiene sus dominios reservados y creemos que delimitando su territorio la obligaremos a replegarse.

Pero a veces la historia, con sus imprevisibles argumentos, nos recuerda cuán limitado es nuestro poder, a pesar de todos nuestros relatos y nuestros juegos de prestidigitación.

En 2020, el ángel de la muerte decidió visitarnos a escala mundial, llamar a la puerta de los cinco continentes, y en el momento en que escribo estas líneas no parece dispuesto a dejarse despachar. Ciertamente, sigue siendo en hospitales y servicios de reanimación —lejos de nuestros hogares— donde más se ensaña la muerte con los enfermos de COVID, pero aun así le recuerda a la humanidad que tiene el poder de interferir en nuestras vidas. De pronto se vuelve palpable el temor a que hostigue a un ser querido, a que se cuele en nuestro territorio. El ángel al que tanto nos gustaría ahuyentar exige que le hagamos un hueco en nuestra existencia y nuestra sociedad. Sabe cómo nos llamamos, dónde vivimos, y no se dejará engañar.

La pandemia también ha alterado los ritos funerarios y el acompañamiento en el duelo. Al igual que todas las personas que hacen compañía a quienes están muriendo, estos últimos meses he sido testigo de situaciones que jamás hubiera imaginado vivir.

Visitas a enfermos con mascarillas y guantes que nos privan de una cara, una sonrisa o una mano tendida a quienes se marchan; un aislamiento impuesto a nuestros mayores para resguardarlos de una muerte que pese a todo irá a visitarlos pero los hallará desesperadamente

solos; entierros a puerta cerrada donde se cuentan los presentes con los dedos de una mano, donde se les niega a los deudos un abrazo o un apretón de manos. Hemos tenido que vivirlo y convencernos de que ya meditaríamos sobre ello más tarde. Demasiado tarde.

Un día, durante el primer confinamiento, recibí una llamada de una familia. Sus miembros estaban en el cementerio, frente al ataúd de su padre, sin nadie que les prestara apoyo. No habían pedido a ningún amigo que los acompañara porque no querían poner en riesgo a nadie. Pero no sabían ninguna oración judía y me suplicaban que los asistiera a distancia. Así, me vi murmurando al teléfono unas palabras que ellos repitieron en voz alta. Por primera vez en mi vida oficié un entierro desde el salón de mi piso para una familia con la que ni siquiera había intercambiado una mirada. Al colgar me dije que todas las esclusas habían saltado por los aires. La muerte había entrado sin permiso en nuestros espacios de vida.

Dio con nuestras direcciones y se coló en casa de todos, en nuestras familias o en nuestras conciencias. O, mejor dicho, nos recordó que nunca se había marchado, que campaba a sus anchas, y que nuestro poder se reducía a escoger las palabras y los gestos que pronunciaríamos en el momento en que ella se manifestara.

Encontrar esas palabras y conocer esos gestos encarna el núcleo de mi trabajo.

Desde hace años intento definírselo a quienes me preguntan.

¿Qué es ser rabina? Naturalmente es officiar, acompañar y enseñar. Es traducir textos para darlos a leer, y

transmitir a cada generación las voces de una tradición que aguarda que nuevos lectores la transmitan a su vez. Sin embargo, conforme van pasando los años me parece que el oficio que más se acerca al mío tiene un nombre: narradora.

Saber contar lo que se ha dicho mil veces, pero ofreciendo claves inéditas para que la persona que oye la historia por primera vez aprehenda la suya. En eso consiste mi función. Acompaño a mujeres y a hombres que en un momento crucial de sus vidas necesitan narraciones. Esas historias ancestrales no son exclusivamente judías, pero yo las enuncio con el lenguaje de mi tradición. Tienden puentes entre épocas y generaciones, entre las personas que han sido y las que serán. Nuestros relatos sagrados abren un pasadizo entre los vivos y los muertos. El papel del narrador es quedarse junto a la puerta para asegurarse de que permanece abierta.

Y así se nos vuelve a plantear la cuestión de los espacios y las divisiones. Nos complace pensar que las paredes son herméticas, que la vida y la muerte están bien separadas y que los vivos y los muertos no han de cruzarse. ¿Y si en realidad no hicieran otra cosa?

Me acuerdo de la primera vez que vi un cadáver. Fue en Jerusalén y era el de una mujer. Por aquel entonces yo estudiaba Medicina y el semestre estaba dedicado íntegramente a la anatomía. Tras la formación teórica, debíamos pasar varias semanas en la sala de disección. A cada uno de nosotros se le «asignó» un puesto de estudio, es decir, una mesa donde yacía una persona que había donado su cuerpo a la ciencia. Me acuerdo del olor embriagador del formol, de esos cadáveres que exa-

minábamos órgano tras órgano, músculo tras músculo, nervio tras nervio.

Para protegernos emocionalmente, para mantener a raya el miedo y la aprensión, habíamos dejado de verlos como organismos completos y observábamos con atención cada elemento anatómico desvinculándolo de los demás. El mecanismo consistía en asegurarnos con la mayor frialdad posible de que todo se ajustaba a la perfección a los detalles del manual que habíamos memorizado con esmero.

Un día debíamos estudiar la anatomía de la mano y tratar de reconocer cada uno de los ligamentos, distinguir la arteria y el nervio ulnar, la vena cubital y el músculo flexor. Cuando aparté la sábana que tapaba el brazo derecho del cuerpo que llevaba ya varios días diseccionando, sentí que me embargaba la náusea. En la punta de la mano de aquella mujer que había donado su cuerpo a la ciencia, las uñas limadas, que habían seguido creciendo *post mortem*, lucían una elegante laca rosa.

Probablemente se la habría aplicado muy poco antes de morir. Parecía que la última capa apenas hubiera tenido tiempo de secarse del todo cuando Azrael había llamado a la puerta con su espada en la mano para arrebatarse la vida a aquella mujer de manicura tan primorosa. Me conmocionó esta visión. Creo que solo entonces me saltó a la vista una realidad inefable, una obviedad, desde luego, pero que nosotros, alumnos de Medicina, rehusábamos enunciar: cada uno de los cadáveres diseccionados narraba la vida de un hombre o de una mujer, una vida ciertamente compleja y atormentada hecha de tras-

endencia y superficialidad, de las decisiones — acaso tomadas el mismo día— de contribuir a la ciencia y de pintarse las uñas.

En aquella sala de anatomía de la facultad de Medicina, la vida y la muerte se tocaban con la punta de los dedos, los de una mujer que yo de pronto miraba con otros ojos. Y me vino a la memoria la perogrullada más famosa, la que para mí destaca como la verdad más grande jamás enunciada: «Cinco minutos antes de morir, todavía estaba viva».

Decir esto, por obvio que resulte, es reconocer que hasta el último momento, incluso cuando la muerte resulta inevitable, la vida no se deja confiscar del todo. Se impone aún en el instante previo a nuestra desaparición y hasta el final parece decirle a lo macabro que hay modos de coexistir.

Y puede que en realidad esa convivencia no espere a la muerte para establecerse. A lo largo de toda nuestra existencia, sin que seamos conscientes de ello, la vida y la muerte se dan continuamente la mano y bailan.

Ese corro se me apareció en un libro, por la misma época en que frecuentaba la facultad de Medicina. De nuevo, por inquietante que parezca, estaba estudiando la mano y su biología. En las clases de embriogénesis, donde se aprenden las etapas de la formación de la vida *in utero*, descubrí que, como muchos órganos de nuestro cuerpo, los dedos se forman por muerte celular. En un primer momento, nuestra mano se desarrolla en forma de palma, completa y sin espacios entre las puntas; solo más adelante, en el proceso normal de evolución, los

dedos se individualizan y separan uno por uno mediante la destrucción de las células que los unían. En otras palabras, el cuerpo humano se esculpe a través de la muerte de los elementos que lo componen. Sucede con los apéndices digitales pero también con no pocas cavidades del organismo: corazón, intestinos o sistema nervioso. Llevan a cabo sus funciones porque se ha abierto un vacío en ellos. La desaparición de una parte de sí mismos permite la acción de dichos órganos. Por tanto, le debemos la vida a la muerte que se obra en ella.

Este fascinante fenómeno de muerte en el seno de la vida fue estudiado por un investigador y narrador excepcional, Jean-Claude Ameisen, quien se apasionó por ese proceso, denominado «apoptosis». El nombre de esta muerte programada en nuestros cuerpos procede del griego y significa «caer desde arriba». El término designa también la estación otoñal, cuando los árboles pierden sus hojas.

Así discurren las estaciones de la existencia; los árboles y el ser humano solo siguen vivos si la muerte los visita. La primavera llega únicamente para quien experimenta la apoptosis y permite que la muerte esculpa la posibilidad de su renacimiento. En la actualidad, la oncología lo ratifica: las células en las que la vida se embala, las que se niegan a morir y cobran una vitalidad casi eterna, se vuelven tumorales. El exceso de vida nos condena y la muerte inhibida resulta fatal. Solo cuando la vida y la muerte se dan la mano puede continuar la historia.

Estudié anatomía, biología y embriogénesis, pero no me hice médica, ni tampoco investigadora. Al final opté por asistir a los vivos de otra manera.

Considero que todo lo que aprendí de la biología y las ciencias de la vida encuentra otras traducciones en mi desempeño como rabina, y que esos saberes del cuerpo dialogan con las historias que transmito.

La biología me inculcó hasta qué punto la muerte forma parte de nuestras vidas. Mi profesión me muestra a diario que podemos hacer que lo contrario sea igualmente cierto: también en la muerte puede haber un lugar para los vivos. Para ello, es preciso que podamos contarlos, encontrar palabras que los preserven mejor que el formol. Cada vez que oficio en el cementerio trato de honrar y ampliar ese lugar mediante la fuerza de unas historias que dejan huellas indelebles dentro de nosotros, la prolongación de los muertos entre los vivos.

El libro que tienes entre tus manos reúne varias historias que me ha sido permitido contar, vidas y duelos que he tenido que vivir o que he podido asistir. Algunos detalles se han modificado para respetar la intimidad de los deudos, otros son del todo fieles a la realidad y se relatan con el consentimiento de las familias concernidas. A todos los hombres y todas las mujeres a cuyo lado he estado y cuya historia figura o no en estas páginas les dirijo mi gratitud infinita y les reitero el honor que supuso para mí acompañarlos y estar junto a ellos, de la mano.